



---

# **SENSIBLE IMPLOSIÓN DE DUREZA**

---



**CAYETANA LUNA**

Era Miércoles, 20 de octubre de 2015, un día muy esperado por mí y por todos mis compañeros de clase de la Universidad, ese día sabríamos nuestro destino de prácticas de 3º año de enfermería, algo que inquieta aunque no sean las primeras que vayas a cursar.

Habíamos anotado en una lista las preferencias que teníamos. Yo no lo dudé en ningún momento, quería volver a la Unidad de Paliativos, y por suerte, fue el destino que me asignaron.

Ya sólo quedaba 1 mes y poco más para comenzar y los nervios aumentaban mis ganas de volver a ponerme el pijama tan blanco, los zapatos tan brillantes, mi tarjeta de identidad en el bolsillo izquierdo, el deseado bolígrafo de 4 colores y el cuadernito de prácticas que a cada enfermero/a pediría que me firmaran día a día.

Llegó el día, jueves 25 de noviembre. Como ya conocía el edificio, subí directamente a la planta de Medicina Interna, allí me estaría esperando la supervisora de la planta, y me indicaría dónde ponerme el uniforme y me presentaría a todos los enfermeros. Me asignaron una enfermera para trabajar con ella, Gracia. Ella se encargaba de la mitad de los pacientes del ala izquierda.

Tras mi primera semana de prácticas, me dijo Gracia que teníamos un ingreso en nuestra ala y que yo me encargaría de la valoración enfermera.

Así fue, sobre las 10 de la mañana de aquel viernes ingresaba Carmen, mujer oncológica en un avanzado estado metastásico. Su ingreso se debía a una gran disnea que la limitaba bastante durante la noche y dolores que ya no conseguía calmar en casa. Ella venía acompañada de su hija Sandra, su cuidadora principal, la cual tenía 22 años.

Tras leerme su historial, cogí un pequeño cuaderno y fui hasta su habitación. Allí estaba Carmen, con un gorro de lana negro y ya con el pijama del hospital, sentada en la cama y su hija Sandra abrazándola por detrás. Interrumpiendo el momento, me presenté, le dije que era una estudiante de enfermería en periodo de prácticas y que tenía que hacerle unas preguntas para la valoración enfermera.

Comencé a anotar, según las 14 Necesidades de Virginia Henderson, cada limitación que encontraba Carmen en su vida diaria y otros problemas que su hija nos comunicaba. Tras esta valoración, el médico nos pasó la prescripción de oxigenoterapia mediante gafas nasales, las busqué en el almacén en ese mismo momento y fui a colocárselas a Carmen. Sólo me quedaba ofrecerles mi ayuda y decirles que yo estaría todas las mañanas allí, que para lo que necesitaran pues yo estaría por las habitaciones o en el control de enfermería. Tras mis palabras, me dijo Carmen:

- Hija, llevo ya muchos hospitales recorridos, me han tratado muchas enfermeras y muchas otras en prácticas como tú, y a algunas, se os nota la amabilidad y las ganas de trabajar. Yo sé que os enseñan a tratar con tanta cordialidad, y creo que es el pilar más importante para la enfermera, y para los pacientes por supuesto.- Respondía Carmen acabando con un gran suspiro.

El resto de la mañana transcurrió sin ningún incidente, todo dentro de lo normal. A las 12 de la mañana, Gracia y yo administramos toda la medicación que teníamos preparada para cada paciente, y a Carmen sólo había que hacerle un cambio en la bolsa de suero y administrarle la pauta de insulina correspondiente. Al entrar en la habitación, me preguntó:

- ¿Ya vienes con el primer pinchacito del día?

- Sí Carmen, tengo que ponerle las 8 unidades que le corresponden ahora- Le contesté.
- ¡No me hables de usted, que puedo tener la edad de tu madre, y somos muy jóvenes para eso!- Me respondía Carmen en un tono tan drástico como simpático.
- Enfermera, el lunes es mi cumpleaños, y pienso traer pasteles para celebrarlo, así que tendrás que prepararle a mi madre más insulina- Decía Sandra mientras reían.

Antes de terminar mi horario, me volví a pasar por su habitación para preguntar qué tal se encontraba y de camino, entablaba un poco de conversación con ella y con su hija Sandra, a la cual le observé un rostro muy cansado para la edad que ella tenía. Noté en pocas de sus palabras que su vida no iba acorde a lo común con 22 años. Tras unos buenos minutos de conversación, salí de la habitación con una sensación inexplicable. Sentía que había ayudado a aquellas dos mujeres con tan sólo unos minutos de charla, y por otro lado, sentía que me había ayudado a mí misma. Me di cuenta que no sólo son los pacientes los que necesitan escuchar palabras y consejos de la enfermería, sino cómo podemos nosotros enriquecernos con tan sólo escucharlos. Ese sentido del humor y esas ganas de vivir que nos transmiten algunos pacientes incluso en este estado, que sin quererlo, hacen que cambie tu perspectiva de la vida.

Media hora después, cuando ya iba camino al vestuario para cambiarme de ropa, sentí que me llamaban por el pasillo. Al girarme vi que era Sandra:

- Perdona que te moleste, pero quiero darte las gracias por las palabras que les has dicho a mi madre antes, me gusta verla sonreír pese a todo... Hemos pasado momentos muy duros en nuestra vida, muchas decisiones que tomar, incluso afrontar la pérdida de familiares...

No puede contestarle un “de nada”, sino un “gracias a vosotras”. Notaba a Sandra tan emocionada al hablarme que no consideré que fuera el momento para indagar en esas experiencias que ella me intentaba contar.

Al desearles un buen fin de semana a las enfermeras antes de irme, me dijo una de ellas:

- Es bonito cuando los pacientes cogen esa confianza contigo y te agradecen de esa forma, ¿verdad? Carmen ya ha estado anteriormente ingresada, y su hija había mantenido con nosotras una conversación mínima, ella es muy tímida. Pero ahora he visto cómo te buscaba en el pasillo, eso demuestra mucho por tu parte.
- Gracias. Sólo fui a hablar con ellas unos minutos a la habitación, me pareció que quizás ella lo necesitaría. – dije.

El lunes, al llegar, pregunté a la enfermera cómo habían pasado los pacientes el fin de semana. No había habido novedades, excepto con Carmen, ella había empeorado gravemente en estos días, su disnea había aumentado considerablemente y el médico tendría que tomar alguna decisión con su familia.

Me contaban que habían intentado contactar con su marido durante esos 2 días porque él debía estar presente en cualquier toma de decisión aunque su hija fuera mayor de edad, pero no hubo suerte, su marido no acudió tampoco ese lunes.

Al pasar el médico por su habitación y ver el estado de agonía en el que se encontraba Carmen, le indicó a Sandra que le acompañara a su despacho, ella tendría que aceptar la decisión que había tomado de administrarle sedación, estaba sufriendo y ya no podía esperar más días a que acudiera su marido.

Al encontrarme con su hija me pudo decir entre lágrimas que tenía un hermano pequeño, el cual siempre estaba con su madre y con ella. Esa era su preocupación, cómo se lo diría a él.

Dos horas después me llamaba la enfermera, Carmen había fallecido. Mi obligación en ese momento fue invitar a los familiares a salir de la habitación para realizarle un electrocardiograma, pero ésto se oponía totalmente a las emociones que yo estaba sintiendo, ya que era la primera vez que yo actuaba frente a un exitus.

Cuando ya todo terminó, le preparé una tila a Sandra y la acompañé en todo momento hasta que ya ella se marchó de nuestra planta. Yo no podía evitar pensar que era su cumpleaños.

De toda esta experiencia, jamás podré olvidar cómo Sandra, pese al estado de llanto incontrolable en el que se encontraba, me repetía una y otra vez lo agradecida que estaba por nuestra servicialidad, por cómo habíamos tratado a su madre y a ella, y sobre todo por estar acompañándola en ese momento de duelo.

A medida que iba escuchando esas palabras de agradecimiento en esos momentos tan duros, iba identificando ese papel de la enfermería tan importante como es la presencia y la escucha activa al paciente y a la familia. Tras todo esto, considero que la enfermera no sólo tiene que ser valorada por su capacidad técnica, sino por sus cualidades de: comunicación, empatía, servicialidad, valores, humildad, respeto, principios, solidaridad y sobre todo, su amabilidad.

Con este relato, en el que describo una vivencia inolvidable, intento mostrar la “dureza” que la enfermera tiene que desarrollar, enfrentándola siempre a la “sensibilidad” que transmiten estas experiencias.

Se podría diferenciar así dos roles distintos en la enfermería, la técnica frente a la actitud, pero a la vez unidos para llegar a alcanzar el mismo objetivo, la calidad del cuidado hacia el paciente y hacia su familia. Sólo cuando este objetivo se haya logrado, se podrá hablar de un buen trabajo enfermero.